



Sentada sobre todo lo imposible
Laura Zavaleta

Sentada sobre todo lo imposible

Laura Zavaleta

Sentada sobre todo lo imposible

Laura Zavaleta



Colección Contemporáneos
Serie Poesía

Colección Contemporáneos
Poesía

© Editorial Universitaria

© Laura Zavaleta

Imagen de portada: Jaime Izaguirre

ISBN:

Sentada sobre todo lo imposible

A Rosalina
A su Hija

Mi abuela sentada

Mi abuela sembró todos los árboles que pudo
y vino a sentarse sobre este papel blanco.

Sabe que desde aquí aprenderé
a escribir como ella quiso siempre.

Se sienta ante mí como lo hace todos los días junto a la
[ventana

Esperando.

Su falda hace remolinos bajo la silla
y te hace creer en el aire.

La muerte del padre

Se asienta el ritmo del polvo.
La nube baja hasta la tierra
quemada
muere al agua.

El camino es una pierna quebrada, un hueso
que ha perdido su forma: el padre.

El paisaje se cansa de ser.

Una mañana
el gallo cantó una poesía peligrosa.
Ella tomó aquel sueño
sobre el que llovió una noche antes,
lo dobló lentamente como esa sábana
que debía ser guardada;
el sueño sostenido al amparo del padre muerto.

En su mejilla de doce años quedó la palidez del último
beso ceniciento.

Cuando salió
las moscas poblaron el cuarto.

Madre, consuelo

Un mar que se revolvía en su falda
le arropó el rostro,
le arrancó las pestañas.
Ella mira el paisaje y en su interior
ecuaciones se configuran,
palabras como padre, huracán.
Laberinto.

¿Qué importa hoy el lugar
si emprende el sol la carrera del agua?

¿Si el viento abate el jardín,
ruedan las piedras
y el olor de la flor se junta con los orines?

La hoja seca en la lengua da cuenta de la caída.

Madre, consuelo,
cementerio marino que se busca.
he pensado, he creído
que la soledad es infierno
y sangre manchada con el nombre que se ha ido.

La abuela niña

Comenzó a trabajar desde muy niña
lejos de casa.
Los animales la siguieron, cual Blancanieves moderna,
la cuidaban.
Por las noches
tendían sus vestidos
en un pentagrama que ella ató a su cabeza.

Hoy no se despertó a medianoche
sobresaltada.
Hoy olió
aquellas flores lejanas
antes de dormir.

Melodías vitales

I

Este pedazo de tierra es mío
sobre él pasan todos los astros existentes, cambia la luna,
yo caminaré y floreceré.
Soy de otro lugar.

II

Tengo un país en la palma de la mano.
Un país sin nieve, sin nostalgia.

Yo soy mi corazón botánico,
ardo en semilla, siembro a tiempo.
Aunque viva un país que entreteje hierro con ceniza.
Cerraré los ojos y mi Señor me mostrará la nieve.

III

Me subo a los árboles.

Hacen guerra las sombras allá abajo.

La nube llega a cubrir las: yo subo más alto que las nubes.

IV

La historia tiene llaves que no me pertenecen,
pero es extraño cómo
se rompen las correas de mis zapatos.

V

La tinta sabe a hiel, siempre diré eso.
Aun cuando enseñe a mis nietos toda la nostalgia.

Sobre el papel blanco habrá un abismo indescifrable.
Masticaré los nombres.

Por mis mandíbulas sé que seré fuerte.

1948

Mi abuela es joven y mira a través de las ventanas.
La casa está vacía a su espalda,
las paredes, de hielo
las sillas, de ceniza.

Sola, los ojos se le multiplican.
Llueven gotas negras sobre el rostro.

Es la navidad de 1948:
las mujeres más pobres en las fiestas
dibujan la costura de sus medias de nylon,
tan imaginarias como amores de película,
amores blanco y negro.

Por la ventana pasa un viento instantáneo
con polvo de la serranía.
Mi abuela escucha el ruido de las fiestas
que toca sus fronteras,
enciende la radio;
escucha “el Consejo Revolucionario de Gobierno...”
Apaga la radio.
Cierra los ojos.

1951

Conociste las hojas de afeitar y pronunciaste un nombre
que se quemó en el océano
revuelto.

Este era el nombre de mi abuelo.
Tus pies revolvían la arena de la playa,
bañados en agua salada
emprendieron una ruta de salmón bajo las olas.

Mi abuelo te busca. Grita al horizonte.
Recuerda poemas, rancheras,
dice que tus mejillas son como las manzanas,
las mordidas,
las jugosas,
que escurren agua agria.

Comprende la mecánica del deseo,
la necesidad de redención, el mito de tus bucles,
la maraña entera del amor que estaba
ese mayo
floreciendo.

Maternidad

Mi abuelo le dijo algo al oído,
ella parió un mundo
y luego otro y cada vez más geométrico
el círculo se fue cerrando
y el mundo era abarcado por su falda.
Ahí subíamos a bordo.
Entrábamos al Arca.

En todos sus rincones
mi abuela esparcía leche,
sobre los abismos
donde se fundaban las jurisdicciones
de nuestros fantasmas.
Ella nos daba de comer.
Nos arropó con la nieve
que cubría sus párpados.

Llenó de nieve mi lengua
y quedó dormida
hasta que me quiso mostrar el alfabeto.

Caja de té

Debajo de tu cama hay una caja
llena de hojas que caen desde un tiempo blanco,
machacado.
Vegetales crecen sobre las fotos
y las cartas firmadas con tu nombre
que en principio es una R despatarrada y una rosa.

Cuando estoy enfrente de esa caja,
que es como una casa con tu nombre
que es como un tiempo con cerradura que yo abro,
mis dedos van destilando mirra y agua;
imágenes de óxido, edificios ruines,
San Salvador, las lámparas
corren hacia abajo con el esplendor mortal de bulevares
[viejos,
anchas nostalgias que amarillas manchan mi nariz,
viajan a mi cerebro haciendo sombras.

Me quedo pensando en lo oscuro de pasillo
en las fotos, en las sombras,
en los pañuelos que viajan hasta el cielo como pájaros de
[olvido.

La luna viaja sin memoria
y yo sigo soñando, abuela, con tu juventud.

La siesta

A veces intento abrir los ojos de mi abuela,
secar el charco en sus pestañas,
sostener el aire sin palabras que ella dice.

Mi abuela duerme boca arriba
y su sueño es un cementerio de cosas imposibles.

Mi abuela duerme y parece que se ha ido.
A veces intento abrir sus ojos,
que me lea un poco más:
esta letra, ¿cómo se pronuncia?

Tiene el cabello como una medusa,
un calabozo por corazón, mi abuela
sabe muchas cosas.
Por las tardes
me dicta aquello que alguien escribe debajo de sus párpados
¿regalarías tu juguete máspreciado? Me pregunta.

Letras grandes con serifas, el órgano blanco
son mis tardes, el caballo verde...
Mi abuela sentada
prepara sus dardos.
Buscamos el silabario, la Biblia, cualquier libro.

Anaqueles, tus ojos

Anaqueles, tus ojos.
Blancos anaqueles, polvo
con que untabas en mí la letra del mundo
hasta llegar al punto venenoso de beber
de tus ojos entrañas de otro mundo.
Abuela, mis manos polvosas ahora tocan más libros
indeseables.
Dedos gastados
de pasar las páginas.
Las letras acongojan, se van
las oraciones se escurren por el rabillo del ojo,
las que me enseñaste.

Blancura

Telas de araña
confunden a mi abuela,
hacen que el paisaje se retrase.

La bruma del tiempo
amanece en su cama,
puebla sus cabellos.

Las gaviotas empiezan a volar.

Imágenes de niebla

I

Yo pego el oído a las piernas de mi abuela
y sé que otros mares existen.

II

Algún día mi abuela se convertirá en espuma
y pensaré en ella cuando lave mi único plato.

III

Seguramente la casa de mi abuela
será invadida por los árboles.

IV

Mi abuela acaricia las barbas de un relámpago que viene
[a buscarla
pero ella se mueve con vitalidad terrícola,
descascara el jardín trasero y arranca desde el fondo
alguna flor.

86 años

La vajilla, con restos de cerdo,
ya olvidada, resplandece.
Habla el abuelo
y en los ojos rezuma alcohol en 30 grados.
Él y su historia se hinchan
Mientras nosotras en la mesa vemos hacia arriba.
Un obelisco que le rasca al cielo las costillas plásticas
es él, arrancando al cielo lluvioso
los recuerdos

Mi abuelo soñó, como yo,
que mamaba de la teta de una diosa
y entonces me dijo: nos gusta el sabor de la ceniza.
Eso fue a las cinco de la tarde
cuando su cuerpo era un grupo de mariposas migrantes
y hablaba como si cada palabra fuera una uva que se
mastica bajo el tamboreo de la lluvia sobre el techo.
Entonces,
ya rumiante de todas sus verdades,
armó un puente hacia mi abuela.
Quizás el último.

Abuela paterna y las palomas

Mi otra abuela
no solo cuenta historias de ferrocarriles,
puede enviarte cuentos
con la migración de los pájaros.
Escribe largas cartas que al leerlas
se deshacen convertidas en los granos de arroz
que se comen las palomas.

La gente plagia las historias de mi abuela
para escribir esos cuentos nostálgicos de 1950
que solo nosotras imaginamos,
cuentos de caminantes
cuyos hijos se modernizaron.

Mi abuela
no recuerda ciertas cosas
y a veces se pone triste, oye graznidos
y piensa que es un mal recuerdo.

Posiblemente aquel, cuando ella,
en la casa sola,
hizo mal una costura
y tuvo que repetirla
una y otra vez
hasta que mi abuelo regresara.

Encuentro de los dos abuelos

El 'huevo' sindicalista' se levanta
«el movimiento está perdido», piensa
coge el bastón, vuelve a sentarse.
Mira la televisión pero sus ojos migran
hacia el borde de los cabellos rubios.
Nosotros tenemos miedo de sus huesos
de su corazón que no vacila
que busca estallar y está ahí quieto.
Lo observo mientras él mira la tele.

El 'negrero', también abuelo mío, parece ver la tele
pero sus ojos de animal agudo se han perdido
en el techo blanco de la casa.
Se levanta, sus vértebras hacen equilibrio
curvando el cuerpo.
Aquellas ruinas, me recuerda,
guardadas en la vieja enciclopedia.

Mis abuelos hoy tienen un cuerpo de algodón rosado.
y en sus labios hay algo que tiembla.

Cuando al fin cierran los ojos, por las noches,
con la garganta seca
sus sueños buscan, en los barrios desolados de la culpa,
aquel pasado de soldados laboriosos

de la penosa industrialización republicana.
Ahí, juntos, casi de la mano,
construyeron presas, hicieron hospitales,
fabricaron bloques y derechos,
y para entretenerse
subieron a la cima de los años cincuenta
a gastarse el aguinaldo.

Vieron una mujer virgen y dijeron: esto es el amor.
Tuvieron hijos, cinco o seis,
y trabajaron en la misma compañía.

Uno hizo una huelga, el otro la deshizo;
a algún arreglo habrán llegado porque ahora,
sentados uno frente al otro,
no dejan de apretar sus bocas
y han ido a sacar de aquella caja
los poemas viejos.

Música para mortales

Humo

Él pintaba, esculpía,
me hacía un retrato de niebla con su boca
y tiraba el humo
más allá de la nostalgia.
Tallaba
las líneas de una mano que no existe.
Hacía una casa
donde cabía el agua estancada.

Hoy el agua es madre
y tiene un montón de insectos
pegados a su nombre
como mis recuerdos.

La habitación

Una mujer entra en tu habitación y se desnuda.
A lo lejos las niñas cantan y juegan con los niños
[de mamá y papá
la mujer no es niña ni madre.
Vos sos un niño perdido que sonríe con los dientes de
[leche.

La mujer te ha besado y ha recordado en seguida
unos versos del Cantar de los Cantares,
un maná y un mito lácteo,
un sabor inmenso a música que se repite,
pero ella es narcisista y vos sos un espejo táctil.

Aquí solo un espacio existe, piensa ella,
el fin del mundo es la orilla de la cama
y en su frontera, las horas comienzan a contarse.

La cama se llama Nuncajamás
y es blanca
como la imaginación de los eruditos.

La mujer abre los ojos y mira tus párpados cerrados.
De ellos escapan rayos de sol y ella se extraña
¿existe un sol o un océano dentro de vos?
¿hay una playa o un caracol entre ambos?
Se queda callada entre tus brazos y cree escuchar el mar

mira la pared y se pregunta:
¿dónde se amontonan las cosas que una trae?
¿Los recuerdos se quedan con la ropa en esa mesa?
En esta habitación han de existir
burbujas cósmicas de todas las posibilidades,
debajo de la cama,
sueños frustrados que se golpean unos a otros
por demostrar quién es el más terrible.

¿En qué gaveta guardará los fantasmas hambrientos y
los pulsos repetidos?

Se pregunta y los recuerdos son poco elásticos
para imaginar tantos fragmentos de otra vida.

La mujer, cuando sale,
solo piensa en hacer un homenaje
a ese lugar de sus horas invisibles.

El deseo

Yo lo miraba sabiendo que escondía
dioses en los dedos.
Sus ojos eran espejos
donde me miraba a mi misma
con una encrucijada en el pecho y una lengua
de cartón.
Su corazón estallaba entre mareas y huevos minúsculos
que escondían estrellas.
Huevos de agua salían de sus ojos
y de sus poros.
De su ombligo emergían
seres mitológicos diciéndose
el nombre de la hermosura.

Murmullo de las habitaciones

Adoré tu cabello punzante, denso abrigo de todos los
[oxígenos,

llama azul.

Me pegué a la línea de tu mano que desciende hasta los
[libros.

Tus ojos, universos blancos, cargan soles negros que
[aman iracundamente.

Adoré el tiempo enlazado entre tus dedos,
el olor de los rincones polvorientos de la historia
y tu sangre, llena de este polvo contrito.

Aprendí otros idiomas, el veneno de cada palabra,
la frugalidad de la historias en la noche, el paso preciso
hacia lo más oscuro.

Amé la precariedad. Amé el silencio.

Fui novia de la noche y la desnudez era mi lujo.

Tus ojos eran la noche, de eso algo supe.

Mientras te pronunciaba,

únicamente a vos,

irreconocible a vos mismo.

Final de una mañana

Entonces, niño perdido,
Sos un Mercurio de Botticelli
fémimo, erguido y limpio
sobre tu pasto pacífico, sobre la plataforma alada,
sobre el colchón ingrávido de voces que se alzan
migrando hacia otro cielo,
hacia otros soles.

Se acabó, niño perdido, la primavera.

Cuentos de amor a ancadas invisibles

I

Ciégame, dijo Bucéfalo,
en tus manos no temo el infortunio.
Entonces llevé sus ojos a mi cuerpo
y le hablé de lo relumbrante,
de las hojas de papel, de las guillotinas.

Le cansaron mis palabras,
el polvo de las estrellas,
la música.

Era un caballo cansado.
Estaba harto de cabalgar entre las paredes
de una ciudad en llamas,
de una revuelta de obreros que queda al desamparo.

Cuando vino a mí había roído
todas las epopeyas y había comido
hasta los huesos a todas las doncellas.
Era una amistad cansada, un sueño.

A veces pienso que ha habitado dos mil años
y un día sentado frente a ladrillos unánimes
algo se quebró del todo
y ya solo me queda su fantasma.

ÍNDICE

Sentada sobre todo lo imposible

Mi abuela sentada.....	9
La muerte del padre.....	10
Madre, consuelo.....	11
La abuela niña.....	12
Melodías vitales.....	13
1948.....	18
1951.....	19
Maternidad.....	20
Caja de té.....	21
La siesta.....	22
Anaqueles tus ojos.....	23
Blancura.....	24
Imágenes de niebla.....	25
86 años.....	29
Abuela paterna y las palomas.....	30
Encuentro de los dos abuelos.....	31

Música para mortales

Humo.....	35
La habitación.....	36
El deseo.....	38
Murmullo de las habitaciones.....	39

Final de una mañana.....	40
Cuentos de amor a ancadas invisibles.....	41

